

Fernando Sánchez Dragó: memorias de un pasado no tan diferente

Manuel Quiroga Clérigo

Comentaba Fernando Sánchez Dragó, en la presentación de «Esos días azules», que en 1956 fue detenido junto a Dionisio Ridruejo, Múgica Herzog y otros estudiantes y que, mientras estaba siendo interrogado en la célebre y cruel Dirección General de Seguridad (o sea en la Puerta del Sol), llegó el renombrado Comisario Conesa, bien conocido por sus métodos sádicos con los detenidos, arrancó las cuartillas de la máquina de escribir en que el policía estaba detallando su confesión, y rompiéndolas se encaró con Dragó a quien dijo:

– Tú no eres más que un resentido porque nosotros matamos a tu padre.

En ese momento es cuando el escritor se enteró, a sus casi 20 años, que habían sido los franquistas y no los rojos, como siempre había creído, quienes quitaron la vida a su progenitor. Esta confesión del macabro comisario, convertido en demócrata de toda la vida en la Transición, modificó de muchas maneras la vida del autor de estas memorias. Quinientas páginas dan para contar muchas más pormenores que el mencionado por su autor. Además se nos anuncia que una indagación así llegará a constar, aproximadamente, de otros tres o cuatro volúmenes más.

Fernando Sánchez Dragó: *Esos días azules. Memorias de un niño raro*. Planeta. Madrid, 2011.

«Esos días azules. Memorias de un niño raro» (Editorial Planeta, Madrid, 2011) contiene un índice extenso. Desde sus primeros recuerdos, primer día de clase, primer amor y primeras anécdotas hasta muchos detalles de su infancia y juventud, que a la vez quieren ser el retrato de una época, incluso de un barrio como lo fue la novela de «El mundo» de Juan José Millás, que ganó el Premio Planeta como después lo haría Dragó con «La prueba del laberinto» y de unas formas de vida y que irán siendo completados o ampliados en los títulos siguientes, se va formando un entramado donde, en un tono arriesgadamente desenfadado, se teje un volumen de prosa precisa, escasamente lírica aunque elaborada con detenimiento pero en la que, quien ha sabido ganarse la vida como escritor, presentador de televisión o locutor de radio y periodista amén de profesor universitario, pone en la picota a todos aquellos aparentes bienpensantes o innecesarios moralizadores que tal vez deseen haber vivido lo que Sánchez Dragó ha conseguido llevar a cabo cuando ya ha cumplido 75 años, pues nació en Madrid en 1936, exactamente el 2 de octubre. Él, no se siente viejo pues, dice, «ser viejo o ser joven es una cuestión de carácter». También afirma que le gustaría vivir en el anonimato, por eso, dice, «utilizo la técnica del calamar: soltar tinta para crear confusión y, así, permanecer oculto». Al margen de su escritura confiesa que no está de acuerdo con el personal y las consignas del 15-M y, menos o, tampoco con Stéphane Hessel, autor de «¡Indignaos!»: «Es un tonto que ha escrito un obra que no dice nada, un verdadero insulto a la inteligencia, que tiene sólo 28 páginas y se está forrando con ella» Para contrarrestar este libelo promete Sánchez, en broma sin duda, escribir dos planfletos que podrían titularse «¡Resignaos!» y «¡Divertíos!». Quejarse de las críticas a que fue sometido por haber mantenido relaciones sexuales con dos niñas de 13 años en Tokio es, sólo, parte de una amplia exposición donde, sin ningún tipo de reparos e incluso exagerando la nota en algunos momentos, el escritor habla de sexo, de drogas, de una España repleta de corrupciones y violencias, de su vida en pleno franquismo, no tan difícil como lo fue para otros españoles, o de cómo se ve el mundo con los ojos de la aventura y con la determinación de quien ha sabido traspasar todas las fronteras, desde la primera vez que lo hizo con el pasaporte de un amigo

para llegar a Andorra camino de un exilio francés, tratando de evitar así una larga permanencia con pensión completa en las cárceles franquistas. Así que marihuana, desnudos a granel, algunas dosis, incluso innecesarias, de alcohol, largas referencias a las mujeres que han pasado por su vida, desde su propia madre y su hermosa tía Susy o «Conri, la vecina de escote opulento y hospitalario» hasta la serie, casi inacabable de amantes de buen ver, o el fervor por las criadas u otras féminas, casi se completa con la relación de amigos, muchos ya fallecidos, que han formado parte de ese universo vital e insaciable. Su definición como hombre vital y feliz, aunque se considere un solitario no un ser solidario, tiene como contrapartida la respuesta que dio a un periodista cuando le preguntó porque publicaba ahora sus (primeras) memorias:

– Porque tengo 75 años y si espero más igual me muero.

Fernando Sánchez Dragó, a quien comenzaron a llamar **Nano**, *no* se recata incluso a la hora de confesar intimidades que otras personas tratarían de olvidar, ocultar o incluso negar. Si a veces siente ciertos reparos por lo que puedan opinar sus hijos o sus nietos, o algunas de las personas aludidas, en otros presume de su capacidad de hombre libre para no omitir ninguna de las cuestiones que podrían ser polémicas o herir a los protagonistas de los hechos o a los llamados seres queridos. Tal vez importen menos las opiniones sobre su abuelo materno Roger Dragó, a quien señala como algo tacaño pero siempre muy francés, aunque ignore si lo fue de nacimiento o, y produce cierto dolor leerlo, advertir como las relaciones con determinadas mujeres son contadas con una crudeza poco usual. Ahí está lo que relata sobre Caterina, la madre de su hija Ayanta, o con una «preciosa jovencita catalana» llamada Montse quien, a su vez, tuvo una aventura con su hijo Alejandro, creando una situación altamente desagradable; como la dedicación al completo al primer amor correspondido, Queta Bañón, vino a suponer el no conseguir el premio extraordinario del bachiller que sus profesores esperaban y, sobre todo, cuestiones como la relación con Cristina Areilza y el tenebroso recuerdo de ella, ya fallecida, en la playa de Motrico. Precisamente de su padre, José María de Areilza, dice «que dio lustre político, cultural y diplomático al apellido que llevaba y al título que había heredado». Se trata de expresiones poco frecuentes, pues al conside-

rarse un hombre apolítico, aunque en algunas ocasiones ha proclamado que es un republicano de derechas, no suele manifestarse de forma extensa ni en relación a su actividad política, de la que ahora hablaremos, ni en torno a los personajes que hacían la España de su niñez, donde, sin embargo, no recuerda haber vivido mal, pese a los tiempos de cierta penuria por los que atravesaba Madrid. De todas formas un vistazo al extenso índice alfabético nos dará una idea de esas referencias, algunas de las cuales parecen haber sido entrañables. Nos referimos no sólo a sus cinco esposas, a sus dos hijas e hijo, a Guillermo, su padrastro, a quien define de una manera escueta y con quien parece que tuvo una relación razonable aunque no excesivamente afectuosa. De todas formas, además el inicial índice, la escogida literatura de la contraportada y las referencias de las solapas ya dará al lector una idea de lo que va encontrar en el libro. En ella aparece una relación, no completa desde luego porque la vida sigue y al día siguiente de la presentación del libro o días después, el autor confiesa que se va a trasladar a Camboya.

– Actualmente es el mejor país para vivir.

No sólo Castilfrío de la Sierra (Soria) o Madrid o Tokio aparecen como pilares de una vida casi legendaria. México, Israel, Mauritania, Mongolia, Kenia, Yemen, Italia, la Patagonia, Centroamérica son lugares, países o rincones en los que todo es posible. Sánchez Dragó comienza a certificarlo, como ya lo ha hecho y seguirá haciéndolo en libros que, para muchos, forman parte de una literatura preciosista, incluso a veces pintoresca y otras veces casi fantástica. Ahí está, más cerca, ese monumento que es «Gargoris y Habidis. Una historia mágica de España», libro que fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura y todo lo que aconteció pues, dice, «La suerte, en realidad, estaba echada desde el momento en que vendí a Jesús Munárriz, viejo, amigo, poeta y dueño de Hiperión, el derecho a editar el tocho». Este libro le reportó algo: «En cosa de tres meses pasé del anonimato al renombre. Peor aún: a la popularidad. Y así hasta ahora». Todo eso explicaría, por otra parte, su actitud ante la vida, el confort con que sigue viviendo y su capacidad de hacer lo que más le gusta, es decir viajar y comprar libros. De ahí su fabulosa biblioteca que, confiesa, alcanza los cien mil ejemplares, con los consi-

güentes problemas que supone su conservación y mantenimiento. Su afición, compartida con muchos españoles, al mundo del toreo también le ha permitido escribir interesantes obras y para algunos «Historia mágica del Camino de Santiago» o «Carta de Jesús al Papa» y «El sendero de la mano izquierda» (Premio Espiritualidad Martínez Roca) forman parte de un esfuerzo testimonial pocas veces llevado a cabo por otros escritores, aunque también descienda a los comentarios cotidianos como en «Si habla mal de España... es español» o a temas esotéricos: «La del alba sería (Mis encuentros con lo invisible» y otras temáticas: «Kokorro (a vida o muerte)», «Muertes paralelas» (Premio de Novela Fernando Lara), «Eldorado», «Las fuentes del Nilo», «El camino del corazón», «Discurso numantino». A ello se une su admiración por escritores como Ernest Hemingway o Frank Lloyd Wright. No digamos nada de su amor por los gatos y su idea de en que algunos de ellos se han reencarnado figuras históricas; a uno de ellos le dedicó el libro «Soseki. Inmortal y tigre».

Pero vamos despacio. Como en este caso no hemos de omitir el final, que no existe, como solicitaba el inefable Hitchcock para sus películas, venimos aquí a comentar lo que sucedió cuando el histórico Federico Sánchez, o sea el luego Ministro de Cultura socialista Jorge Semprún, como enlace del Partido Comunista, citó a Nano («Tú, Nano, siempre corriendo delante del toro de la vida», le dijo su madre una vez que pensaba irse «a París, sin blanca»), en la bolera del cine Benlliure y Dragó encontró en la barra a una mujer de bandera, Lola, con la que había tenido unas calenturientas relaciones adolescentes, y las circunstancias hicieran que apenas mediara entre ellos un beso en la mejilla.(«...fui o fingí que era ateo desde que el sexo y Lola, a los dieciséis años, alborotaron mi vida, volviéndola del revés, y hasta el día, casi tres lustros después, en que descendí al Ganges, tomé asiento en un ghat de Benarés...»). Años después escribe: «Aún, cuando pienso en ella, me rechina el alma, me muerdo los puños...». Es un detalle de los muchos que van quedando a lo largo de estas memorias, donde las referencias a Machado no sólo están en el título del libro, «Esos días azules/ese sol de la infancia», sino las múltiples que le atan al mundo de la lectura, al Duero por San Saturio y el esplendor de Soria donde, por cierto, pasó una temporada con «Viviane, una

mulata preciosa» y donde tuvo esa controvertida relación, con pasmosos ribetes oníricos, con Irene que vino a provocar aquel episodio que se convirtió en una cuestión «primeriza, violenta, casi brutal». Pero también están los trocitos de vida que vivió con sus cinco esposas, siendo, tal vez, los compartidos con su primera esposa, Elvira –madre de Alejandro– los que peor poso dejaron a ambos, tanto es así que padre e hijo no se reencontraron hasta que el muchacho ya era un jovencito. La relación con sus hermanos Billy y Marilén, hijos del segundo matrimonio de su madre, parece que siempre han sido amable, primando los recuerdos con Billy en El Postiguet o los paseos de ambos con su progenitora. En toda esta historia, clara y limpia, surgen no lo que el propio autor quiere calificar como cuestiones lujuriosas sino, más bien, las picardías propias de un jovencito que únicamente estaba buscando el futuro mientras el mundo le salía a su encuentro. El hecho espiar a su madre en terminados momentos, que hacían realidad el complejo de Edipo de un niño en expansión de sus facultades o esas pinceladas de sofocado erotismo, que las propias interesadas parecen haber olvidado, como la referencia al acercamiento a su prima Lourdes Ortíz, la primera decepción con Cuca y otros recuerdos primaverales o tantas historias de lo que Sánchez Dragó aplaude como «¡Sexualidad y libertad, divinos tesoros!», lo cual le conduce a confesar que sus primeros escauceos literarios con el mundo del sexo, como cuando descubrió en la biblioteca de su casa el libro de Pedro Veer «Los cursos» (en la colección «Los humoristas» de Editorial Calpe) y fue inicial promotor de su llegada a diferentes universos. Si es preciso rematar que no estamos ante las memorias de Casanova o los escritos del Marqués de Sade, aunque el autor, siga tenazmente, relatando su, digamos, más intensa preocupación: «La lujuria, mi pecado capital, no admite doma. Se revuelve. Es un gato furioso, una serpiente de cascabel, un lobo hambriento». Es cuando sale a la superficie, algo tan aparentemente inocente como son a los ojos de un niño unas medias de seda de mujer y sucede, precisamente, cuando su madre acaba de fallecer a la edad de 95 años, lo que supone llegar al fin de un recorrido vital y, con ello, el deseo de seguir existiendo y hollar los caminos de cierta plenitud. «De erección en erección...–leemos–. ¿Es eso, pues, la vida? ¿El origen del mundo? ¿Lo que lo mantiene en vilo? ¿Qué

será en tal caso de mí, del que quise ser, del que llegué a ser, cuando ya no las tenga? ¿Exhalaré en ese instante el último suspiro? ¿Con qué morir, me diré era esto?». Fin a esta comentario, podríamos decir. Pues no. Si no estamos ante unas memorias alarman-tes, ni excesivamente escandalosas, como serían aquellos libros de Henry Miller donde, ahí sí, afloraba un erotismo a veces refinado y otras brutal, que en cerca de dos mil páginas con letra de pulga componen «Días tranquilos en Clichy», donde, recuerdo Dragó pasaba esas jornadas «filosofando y jugueteando en la cama con Anaïs Nin» y la trilogía de «La crucifixión rosada»: «Sexus», «Plexus» y «Nexus» (aparecidos a principios de los años ochenta en la llamada colección azul, que algunos considerábamos morada, de aquellas Ediciones Alfaguara dirigidas por Jaime Salinas) nos permitían descubrir un mundo que en España, hasta casi ese momento eran motivo de censura, como lo eran la «Lolita» de Vladimir Nabokov, el incesante perseguidor de mariposas o el que mostraba el muy recomendable libro póstumo de la propia Anaïs Nin, «Delta de Venus», en «Esos días azules» también se habla de libertad. «¿Escribir su nombre, como pedía el poeta? No, no.. Practicarla», esgrime Nano. Y eso en definitiva es su libro, el de un hombre que ha sabido ser libre, al margen de los condicionantes sociales, las aventuras sexuales o los inconvenientes de la vida en medio de enrevesadas políticas o cuestiones complicadas. Para él que siempre creyó, como el mexicano Jorge Volpi o el poeta Antonio Gamoneda, que «La vida está en los libros», el haberse dedicado a la docencia, el actuar como activista cultural en la televisión de España, emisoras de radio españolas y extranjeras como la NHK y la RAI, es algo que forma parte de su bagaje cultural y sus colaboraciones en periódicos como «Informaciones», «Diario 16» y, actualmente, «El Mundo», en que es columnista, reportero y firma habitual. Obtuvo el Premio Ondas por su programa «El mundo por montera» y el Premio Nacional de Fomento de la Lectura por «Negro sobre blanco». Dirigió «Diario de la noche» en TeleMadrid donde, y mientras no establezca su domicilio habitual en algún país del sudeste asiático o en Castilfrío de la Sierra seguirá presentado «Las Noches Blancas», instructivo programa donde el protagonista es el libro y los autores sus interesados contertulios. Su obra periodística hasta la fecha está recogida de forma parcial en

los cuatro volúmenes de «La Dragontea» y «El Lobo Feroz». Publicamente ha proclamado la necesidad de que el gobierno español inaugure una sede del Instituto Cervantes en los campamentos saharauis de Tinduf, ofreciéndose incluso a dirigirlo.

«Me gustan las rubias y las morenas, –escribe Dragó– los hombres y las mujeres, el vino tinto y el vino blanco, José Tomás y Enrique Ponce, la verdura y la carne. Todo es bueno para quien no tiene convento». «Volapie. Toros y Tauromagia» es el resultado de la aludida afición a la llamada fiesta nacional donde, como en otros terrenos, ha cosechado tantas amistades como en su primera juventud y referencias, igual que en el mundo de las letras, donde aparecen Isaac Montero quien en una de sus vueltas a España le «abrió paso en el programa de La 2 «Encuentro con las letras» que dirigía el poeta Carlos Vélez», y Esther Benítez que después, sin saber porqué, se enemistó con él. Los recuerdos de este matrimonio traen a colación a «Martine Saint-Pe, francesa de Biarritz, a la que había conocido en Fez, donde viví dos años de hachís, huríes, carcajadas, excesos y vino gris de Boulouane, y madre de mi hija Aixa». Otros amigos transcurren por las páginas del libro como Ángel Sánchez-Gijón, el padre de Aitana, la familia Sanz Esponeira, Ángel Asensio, Manolo Bayo, incluso mostrando algunas fotografías de tiempos pasados como la que muestra a Bea Salama, su penúltima mujer, o Naoko, que era alumna suya en la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto, en la ceremonia de su graduación, sus tíos Jorge y Fernando y varias de su madre y su bella tía Susy. De todos ellos habla en una escritura, no excesivamente poética, pero repleta de ribetes literarios y de datos culturales, como el señalamiento de sus primeras lecturas, desde «Las travesuras de Guillermo» y los clásicos infantiles, hasta su paso por el Colegio del Pilar, del que, igual que Luis Alberto de Cuenca, dice, guarda buenos recuerdos, en contraposición a las nefastas referencias que, al parecer, ha esparcido Luis Antonio de Villena de su escolaridad con los maristas quienes, según Dragó, «eran gente compasiva». De entonces recuerda a compañeros como Javier Moro, José Antonio Uriol y los fallecidos Noriega y Jesús Bercial. Pero tampoco se guarda de declarar, pasando a otros terrenos, su opinión de que «hay bálsamos de Fierabrás capaces de resucitar a Lázaro», lo cual le permite mantener su teoría de que no se resigna a perder el

vigor que le acompañó desde aquellos años de Lola: «Una vez a la semana, o varias, si es preciso, o ninguna

() me tomo una galletita de taladafilo, e inmediatamente recupero el vigor».

El porqué comenzó a estudiar Derecho en la vieja Universidad de San Bernardo o que, al curso siguiente, se matriculó en Filosofía tiene mucho que ver con ese amor, incondicional a los libros, a la lectura, a la cultura que encierra la Galaxia Gutenberg. Resultado de esa decisión sus cerca de veinte volúmenes publicados y su actividad docente como Profesor de Lengua, Literatura e Historia de España en trece universidades de Europa, Asia, América y África.

Pero si las referencias a sus maestros son constantes como hemos dicho, a muchos de los cuales cita como de paso, a las películas memorables, algunas que veía con su madre de niño y que pudieron suponer sus primeras encendidas emociones, todo lo cual le supuso una relación con personas como Jose Luís Garci, vecino por entonces en la zona de Lope de Rueda, cerca del Retiro, donde vivían las familias, también recuerda sus andanzas por la zona de Moncloa, donde aún se alza la Residencia de Catedráticos entre la librería de Chus Visor y el Arco de Triunfo franquista, que entonces no existían, también recopila determinados temas aún familiares, como ciertas acciones de su padraastro, alguna dudosa, o de su tío Jorge o una aséptica relación extramatrimonial de Elena Dragó que, en los primeros tiempos es decir antes de contraer segundas nupcias, mantuvo a su hijo con su trabajo de profesora de francés y pequeñas ayudas de su familia, lo que nunca le privó de tener ayuda doméstica en su casa. Poca tinta gasta en relatar sus detenciones, incluso casi quitándolas importancia, aunque mucho mas espacio dedica a recordar determinadas experiencias tántricas y, también algo que fue parte de su mundo juvenil: «¡Ah, las primas! ¡Qué mundo aquél, hoy casi desaparecido a causa del descenso de la natalidad y de la dispersión geográfica de las familias».

Y así, efectivamente, Sanchez Dragó consigue lo que el mismo se pregunta, al relatar lo que ha hecho en la vida, es decir desde pasar por las cárceles y las guerras hasta ser operado del corazón a vida o muerte, «¿Cómo no voy a ser un buen filón para quien

quiera y sepa contar historias?». Pero si nombres, lugares, hechos y aventuras forman un entramado difícil de igualar, y aunque el propio Fernando Sánchez Dragó, a sus 75 años, confiesa que su esposa desea darle un nuevo hijo: «Naoko anda en ello, y cuando una mujer se empeña...», en este primer libro de sus memorias son las aventuras de un adolescente y los primeros pasos por una España algo aterida de un hombre siempre joven, indagador y culto, lo que refleja su literatura luminosa y unas historias que pueden ser de interés para muchos lectores ©